

Homilía de Juan Pablo II durante la misa de clausura del Sínodo

1. «*Quia fecit mihi magna*». «El Poderoso ha hecho obras grandes por mí» (Lc 1, 49).

Con esta celebración clausuramos los trabajos de la IX Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, dedicada a la vida consagrada y a su misión en la Iglesia y en el mundo. Los clausuramos un sábado, día tradicionalmente dedicado a la Madre de Dios. Por eso, nos dirigimos de modo particular a María en este sacrificio eucarístico, sirviéndonos de las palabras de agradecimiento del Magnificat, que la Iglesia repite todos los días en la liturgia de las Horas: «El Poderoso ha hecho obras grandes por mí». «*Fecit mihi magna*».

«Obra grande» ha sido para la Iglesia el concilio Vaticano II, que con razón se puede definir el acontecimiento eclesial más significativo de nuestro siglo. Sobre el fondo de esta primera y fundamental «obra grande», que nos ha regalado el Señor, se pueden reconocer otras «obras grandes», realizadas por él en los últimos tiempos.

Entre ellas, seguramente, se puede incluir la institución del Sínodo de los obispos, que tiene ya su historia, desarrollada en el período posconciliar. En ella se inscribe ahora esta última asamblea sinodal, muy anhelada y, como todos deseamos, no menos fructífera que las anteriores.

A las exhortaciones apostólicas *Familiaris consortio*, *Christifideles laici* y *Pastores dabo vobis*, tendremos también la alegría de añadir un

nuevo documento postsinodal, cuyo «*incipit*» aún no conocemos, pero que seguramente reflejará todo lo que ha surgido en el transcurso de la Asamblea que hoy termina. Han sido semanas de trabajo intenso, durante las cuales la vida consagrada y su misión han constituido el centro de la reflexión y de la oración de la Iglesia.

2. «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (*Sal 42, 3*).

Las lecturas que se acaban de proclamar contienen muchas luces que pueden iluminar ese singular estado en la vida eclesial que es la vida consagrada. El salmo responsorial recuerda la liturgia del bautismo, con la bendición del agua lustral durante la gran Vigilia pascual del Sábado Santo.

El bautismo es la primera y fundamental consagración de la persona humana. Iniciando la nueva existencia en Cristo, el bautizado «hombre o mujer» participa de la consagración, de la donación total al Padre que es propia de su Hijo eterno. Es él mismo «el Hijo» quien suscita en el alma del hombre el deseo de entregarse sin reservas a Dios: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?» (*Sal 42, 3*).

En la consagración del bautismo se inserta la consagración religiosa con su notable dimensión escatológica. Nadie ha visto a Dios (cf. *Jn 1, 18*) en esta vida. Y, a pesar de ello, la visión beatífica, es decir, el ver el rostro de Dios «cara a cara» (*I Co 13, 12*), es la vocación definitiva, más allá del tiempo, de todo hombre. Las personas consagradas tienen la tarea de recordarlo a todos. La fe nos prepara a esta bienaventurada visión, en la que Dios se da al hombre en la me-

dida del amor con el cual éste ha respondido al Amor eterno, revelado en la encarnación y en la cruz de Cristo.

3. «Para mí el vivir es Cristo» (*Flp* 1, 21), escribe el apóstol san Pablo.

«*Amori Christi nihil praeponatur*», proclama en su Regla san Benito. «*Amori Christi in pauperibus nihil praeponatur*», dirá mil años después san Vicente de Paúl.

¡Qué fuerza tan asombrosa poseen estas palabras! ¿Se podría pensar en la cultura y en la civilización europea sin ellas? Y las grandes epopeyas misioneras del primer y segundo milenios, ¿serían imaginables sin ellas? ¿Y qué se puede decir del monaquismo del Oriente cristiano, cuyo inicio se remonta a los primeros siglos del cristianismo? Los que, por seguir a Cristo pobre, casto y obediente, han abandonado el mundo, al mismo tiempo lo han transformado. En ellos se ha cumplido la invocación: «Manda tu Espíritu y renueva la faz de la tierra» (cf. *Sal* 103, 30). El Espíritu Santo conoce los «tiempos y momentos» en los cuales es necesario llamar a personas capaces de cumplir las tareas que requieren las diversas circunstancias históricas.

Él, a su tiempo, llamó a Benito y a su hermana Escolástica. Llamó a Bernardo, a Francisco y Clara de Asís, a Buenaventura, a Domingo, a Tomás de Aquino y a Catalina de Siena. Desde las plazas, el Evangelio llegó hasta las cátedras universitarias. En la época del cisma de Occidente y de la Reforma llamó a Ignacio de Loyola, a Teresa de Jesús, a Juan de la Cruz y, después, a Francisco Javier y a Pedro Claver. Con ellos se llevó a cabo una profunda reforma espiritual y comenzó la epopeya misionera en Oriente y Occidente.

En los siglos más recientes el Espíritu, que renueva la faz de la tierra, ha llamado a otros, como Juan Bautista de la Salle, Pablo de la Cruz, Alfonso María de Ligorio y Juan Bosco, para mencionar sólo algunos de los más conocidos. Al final del siglo pasado y en éste, el mismo Espíritu del Padre y del Hijo habló por medio de Teresa del Niño Jesús, de Maximiliano Kolbe y de sor Faustina.

¿Qué sería el mundo, antiguo y moderno, sin estos santos, y tantos otros? Ellos aprendieron de Cristo que «su yugo es suave y su carga ligera» (cf. *Mt* 11, 30), y lo han enseñado a los demás.

4. Concluimos la asamblea sinodal en la víspera de la solemnidad de Todos los Santos. El libro del Apocalipsis habla de esta inmensa muchedumbre, proveniente de todas las naciones, pueblos y lenguas, de pie delante del trono celeste y del Cordero de Dios (cf. 7, 9). A continuación se plantea la significativa pregunta: «Esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?».

¿De dónde vienen?, nos preguntamos también nosotros. ¿No vienen precisamente de los innumerables institutos de vida consagrada, masculinos y femeninos, presentes en la Iglesia? Lo atestiguan las canonizaciones y beatificaciones, proclamadas a lo largo de los siglos. Y lo testimonian, en particular, las beatificaciones que, durante este mes, casi han acompañado el camino sinodal.

5. Hoy, último sábado de octubre, te ofrecemos, María, Madre y Virgen, humilde esclava del Señor y Reina de todos los santos, los frutos de los trabajos del Sínodo. Te los confiamos a ti, Reina del santo rosario, Reina de esa hermosa oración que nos ha sostenido, día tras día, a lo largo de todo el mes.

Haz que estos frutos, como un intercambio singular de dones, ayuden también a la causa de la familia, cumpliendo de este modo el designio de la divina Providencia, que ha querido que el Sínodo sobre la vida consagrada se celebre durante el Año de la familia.

Te alaban, Señor, las personas consagradas.

Te alaban las familias cristianas del mundo entero.

Te alaba la Iglesia por el don del Sínodo.

Magnificat anima mea Dominum (Lc 1, 46).

